

## HISTORIAS DE ABUELAS

# LA ABUELA NÚMERO 16, JULIA JOSEFA DE GRANDI, A PARTIR DE LA MIRADA CARIÑOSA DE SU NIETA

**LA NIETA DE JULIA CUENTA LA APASIONADA VIDA DE SU ABUELA, SU LUCHA, EL AMOR POR VIVIR Y POR SUS SERES QUERIDOS, SU ENFERMEDAD Y SU RIÑA CON LA MUERTE. LA AUSENCIA DE SU HIJO NICOLÁS Y SU NUERA MARÍA CRISTINA Y LA BÚSQUEDA DE SU NIETO, EL HERMANO DE YAMILA.**

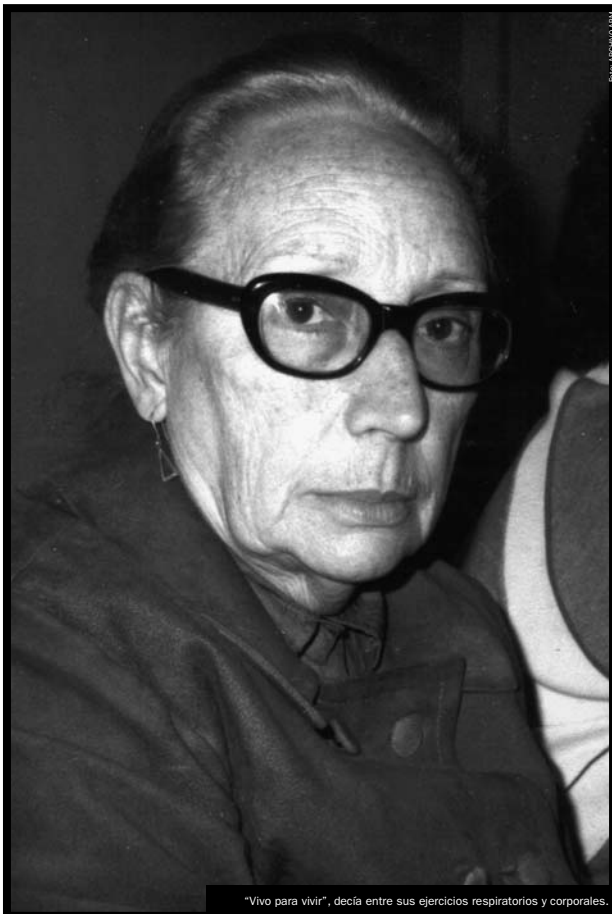
## Por Yamila Grandi

Julia Josefa Rebollo de Grandi nació el 20 de abril de 1916. Hija de Juana Nerí (francesa) y José Rebollo (gallego) fue fruto casi caricaturesco de la vida del conventillo de aquel entonces. Su primer recuerdo de la infancia, el que más digno le parecía de guardar intacto en la memoria, era el de haber visto nevar en Buenos Aires. Era muy chica, pero se acordaba. Si que daba gusto ver su cara vieja y arrugada iluminarse por la evocación de un recuerdo tan lejano en el tiempo. Yo sé esto porque tuve la suerte de que me lo contara, como tantas otras cosas. Y tuve esa suerte porque tuve la suerte de ser su nieta. Más que eso, —me atrevo a decir— su confidente. A ella le conté mi primera desilusión amorosa, allá por mis nueve años, y tuve la fortuna de que me contara la historia de su gran amor: mi abuelo Mario Grandi, el pintor que la tuvo de modelo, amante y compañera hasta sus últimos días.

Con estos datos bien podría inaugurarse la crónica de su vida, porque a una mujer se la conoce realmente por su manera de amar. Y de eso sí que Julia sabía... amó a su compañero con tanta pasión, compañerismo y admiración como pocas veces se habrá visto en el mundo. Luego amó a sus hijos (Claudio Nicolás y Silvina) y sus nietos (Matías y yo, Yamila) con el corazón encendido y las manos siempre abiertas. He aquí otra de sus características, la generosidad. Julia no entendía de tibezas. No supo de tibezas cuando secuestraron a Nico y María Cristina, su hijo y nuera (a quien sé, me consta, amó como a una hija). "Una madre es como una leona cuando le tocan sus cachorros", decía al hablar del asunto. Su voz fuerte y cascada no sabía bajar el volumen, y no podía parar. Ni sus piernas. Ni sus manos, ni su mente. Ni una sola parte de su ser quedó fuera de la búsqueda, nunca. Ella, como tantas otras,

**“UNA MADRE ES COMO UNA LEONA CUANDO LE TOCAN SUS CACHORROS”, DECÍA AL HABLAR DEL ASUNTO**

empezó a buscar a tientos, sola: sin saber cómo, a dónde ir, con qué hablar exactamente... En los primeros tiempos tuvo todo a codo, la compañía de mi abuelo materno: Camilo Cournou, a quien luego la angustia le devoró el corazón y murió de un ataque. De tanto buscar se topó con las Abuelas y así fue ella la abuela número 16. Pronto, la galería de arte de nuestra familia se transformó en uno de los lugares de encuentro clandestino donde las viejas empezaron a congregarse. El trabajo no sabía de fatigas. Fui testigo de las jornadas de redacción de habeas corpus y recopi-



“Vivo para vivir”, decía entre sus ejercicios respiratorios y corporales.

**PORQUE AMÓ Y SE DEJÓ AMAR. PORQUE ASUMIÓ ERRORES PERSONALES Y SUPO PEDIR DISCULPAS**

laciones: de fotos, radiografías, cualquier cosa servía. Había miles de páginas por tipear a máquina y cartas que enviar a los destinos más recónditos. Todo podía ser útil, valioso; y la pregunta latiendo incansante: “¿dónde, dónde están nuestros hijos y nietos?”

Había sobres, carpetas, fotos y carteles hechos a mano por todas partes. No había sentimentalismos, ni poses falsamente heroicas o telenovelas, sencillamente porque no había tiempo para ellos; había que hacer, hacer, hacer. Recuerdo a mi abuela, con su pierna impedida y su bastón, como a un gigante. Ella y las otras: puros gigantes que no sabían el tamaño de su figura. Y su belleza. Porque tanto amor y dignidad no pueden ser sino la belleza en su estado más sublime. Cuando la salud ya no le permitió seguir “poniendo el cuerpo” Julia se retiró en la casa de Paso del Rey don-

**DE TANTO BUSCAR SE TOPÓ CON LAS ABUELAS Y ASÍ FUE ELLA LA ABUELA NÚMERO 16**

de se rodeó de plantas y practicó yoga. La misma casa que fue testigo del secuestro de mamá y papá; lo fue de la potencia de Julia y su deseo de seguir viva: “vivo para vivir”, decía entre sus ejercicios respiratorios y corporales. Y nunca tan literal: su dete-

riorado físico, abonado con una mala alimentación de chicha, sufría de una fuerte osteoporosis y enfisema pulmonar; sólo podía sobrevivir en el intento digno de seguir con vida. Mis amigos de la adolescencia no se agotaban nunca de escucharla (lo cual me llenaba de celos, debo reconocer).

**JULIA FUE UNA MAESTRA. SU VIDA, UN VERDADERO EJEMPLO. SU MUERTE, EL PROCESO DE SU MUERTE, FUE PARA MÍ UNA DE LAS MÁS BELLAS LECCIONES DE VIDA**

Ella había vivido y leído tanto, visto tanto arte, tanta pintura; luchado tanto: era la perfecta heroína para el adolescente deseoso de modelos románticos. ¡Pero era de carne y hueso! Y tenía tantas ganas de seguir aprendiendo cosas... la comida naturalista, el budismo, las novedades literarias... Ella les contaba de sus estudios en la Cruz Roja, de sus años de bohemia junto a Mario en Buenos Aires, rodeada de poetas, pintores y músicos; el descubrimiento del teatro en el Teatro del Pueblo junto a Barletta y la amistad con Roberto Arlt. Luego los tiempos bucolicos en Tulumba, pescando para que Mario tuviese modelo para su naturaleza muerta, haciendo la quinta, preparando vino, amasando, enmarcando los cuadros de Mario (que sólo sabía pintar y no hacía otra cosa). Contaba de la imposibilidad de tener biblioteca en aquellos años por la necesidad de vender los libros: “libro que se leía, libro que se vendía. Y después con eso se compraba comida, otro libro, o lo que hiciese falta”.

Después, la lucha con Abuelas, la desilusión de una Iglesia que le dio la espalda cuando fue a pedir ayuda. Justo a ella, que tanto creía en Dios... (Afortunadamente para su espíritu, aquel episodio no le negó muchos años después, una vuelta a su fe). Julia fue una maestra. Su vida, un verdadero ejemplo. Su muerte, el proceso de su muerte, fue para mí (y no sólo para mí) una de las más bellas lecciones de vida. Porque luchó hasta las últimas, porque fue ella misma hasta entonces. Porque amó y se dejó amar. Porque asumió errores personales y supo pedir disculpas.

La noche misma de su muerte, ya interrumpida, los dolores la agotaban. Yo me acordé de alguna de las tantas escenas que me había contado de su vida en Córdoba con su esposo y su hijo. Entonces, le pedí que cerrara los ojos y volviera a esas imágenes tantas veces invocadas: con Mario y Nico chiquito, en bicicleta, las sierras corrobobesas, el aire fresco en el rostro, bajo un cielo plagado de estrellas... Se le iluminó la cara, y yo sé muy bien por qué fue: era un reencuentro. Dejé de buscar. Empezó a descansar. Julia encontró descanso, pero su espíritu de lucha y su dignidad seguirán de este lado siempre, como era ella: sin poder bajar el volumen.

1) 19 de julio de 1996.